

Gladiadora
Russell Whitfield

Traducción de Almudena Romay Cousido



Título original: *Gladiatrix*
Primera edición

© Russel Whitfield, 2008

Ilustración de portada: © Blacksheep / Corbis / Superstock

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-539-4 Depósito Legal: B-890-2010

Impreso por Liberdúplex S. L. U.
(Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para mi madre, a quien echo
de menos cada día.

Lisandra nunca olvidaría su primera vez.

Sola, caminaba por el oscuro pasillo hacia el luminoso anfiteatro.

A medida que se acercaba a la arena, percibía el sonido que venía de arriba: una cadencia rítmica y monótona que empezaba alrededor de su conciencia. Aunque al principio era distante, después se volvió hipnótico como la canción de una sirena, que impregnaba las piedras que la rodeaban y que la atravesaba hasta lo más profundo de su ser.

Lisandra luchaba por controlar sus agitadas emociones. El miedo le corría por las venas y, por un momento, flaqueó. Sin embargo, en una parte de ella surgió el deseo de enfrentarse al más terrible de los retos. Ardió solo por un instante, pero lo suficiente como para consumir su pánico. Desde la oscuridad, entró en la luz cegadora de la arena.

El clamor del público parecía un ser vivo que la asaltaba y se tambaleó por su violenta intensidad. La rodeaba una fila tras otra de gente que gritaba, el anfiteatro estaba lleno a rebosar, como si fuera un enorme dios que se estuviera atiborrando de la vil humanidad. La vista se le nublaban mientras miraba las innumerables caras, retorcidas y distorsionadas, que abrían completamente la boca para lanzar gritos de lujuria y expectación.

De la arena recién rastrillada salía un hedor nauseabundo que invadía sus fosas nasales con el tufo de la sangre mezclado con el excremento de los animales muertos. Los *venatores* o cazadores de animales salvajes habían estado trabajando todo ese día, matando cientos de criaturas para delicia de los espectadores. Se le revolvió el estómago y sus nervios a flor de piel le gritaban que corriera, que huyera de esta carnicería tártara, pero de nuevo reprimió el impulso.

El rugido de la frenética muchedumbre aumentaba en intensidad. Miró fijamente la arena con los ojos entrecerrados; del túnel que tenía frente a ella salió otra mujer.

Su oponente.

Lisandra no era muy consciente de que una esclava de la arena se acercaba a toda prisa con dos espadas cortas extendidas en sus sudorosas y resbaladizas manos y con la mirada puesta en su adversaria. Se percató de que debieron de elegir a las luchadoras por sus diferencias físicas. Mientras que ella era alta y de constitución delgada, su oponente era baja y de constitución fuerte, con unos brazos fornidos. A los ojos espartanos de Lisandra, era muy vulgar. Sus pechos, enormes como ubres, subían y bajaban debajo de la túnica blanca y amenazaban con escapar de su confinamiento. Este modelo de la idiosincrasia gala lo completaba su cabello pajizo, el contraste final a la cabellera negra azabache de Lisandra. Solo había dos similitudes: las armas que llevaban y la certeza de que, en escasos minutos, una de las dos iba a morir.

La gala se giró hacia el palco de los dignatarios y saludó con el brazo levantado. Lisandra, aunque no estaba acostumbrada al protocolo de la arena, la imitó. Había dedicado toda su vida a la observancia del ritual e hizo el gesto con seguridad. No es que fuera importante. El romano que vestía con suntuosidad y que Lisandra suponía que era Sexto Julio Frontino, el gobernador y procurador de Asia Menor, ni se molestó en responder a su saludo, ya que claramente centraba su atención en los encantos morenos de la joven esclava que tenía a su lado.

Lisandra se giró hacia su oponente. Las dos mujeres se miraron y los ojos verdemar de la gala se encontraron con los suyos.

Durante unos momentos interminables, se quedaron inmóviles. Las emociones de una se reflejan en la mirada de la otra y Lisandra sintió un repentino y agudo pesar por la difícil situación en la que se encontraba. Aunque no eran enemigas por voluntad propia, Lisandra sabía que no podría abstenerse. Sus ojos se endurecieron con la determinación de sobrevivir y vio que la otra mujer le hizo un gesto con la cabeza cuando llegó a esta conclusión. Levantaron sus armas.

Por unos instantes, todo estuvo en silencio. Entonces, con una violencia súbita, la gala atacó y se oyó el extrañamente hermoso sonido del hierro contra el hierro cuando Lisandra recibió el ataque. La guerrera celta gritaba y maldecía mientras lanzaba enérgicos golpes, imbuida de un valor que su ira alimentaba. Sus ataques no llevaban un orden, solo eran una oleada constante de impactos secos, asestados con toda la fuerza del fornido cuerpo. Era como un alud que aplastaba todo a su paso.

Lisandra sabía que tenía que ser como una neblina. La mayor parte de su vida la había pasado preparándose para el combate: un entrenamiento ritual que le proporcionaría seguridad; una destreza ceremonial que no estaba destinada a que se hiciera uso de ella. Pero ahora, al ver que la amenaza de la muerte era real, esta preparación aprendida con esfuerzo pasaba a un primer plano y su cuerpo respondió de forma instintiva.

Fue como si su oponente se estuviera moviendo bajo el agua. Cuando la gala iniciaba un ataque, la espada de Lisandra se movía para desviar el golpe. *No combatas la fuerza con fuerza*, se dijo a sí misma mientras evitaba el violento ataque. La negativa de ella a enzarzarse en un combate encarnizado pareció animar a su contrincante, quien intensificó sus esfuerzos. Los pies de la gala levantaban el polvo mientras perseguía a Lisandra por la arena y con las espadas cortaba el aire. A medida que avanzaba la persecución, los espectadores, que querían más acción, empezaron a abuchearlas.

Ahora la gala tenía su rubio pelo pegado a la frente por el sudor, el cual también volvía la finísima túnica blanca de un gris diáfano. Lisandra advirtió que sus hombros subían y bajaban del esfuerzo mientras eludía otro ataque. La gala se detuvo momentáneamente para recuperar el aliento. Era evidente que se estaba debilitando, pero además su confianza se había agotado y ahora la insidiosa duda le carcomía su espíritu de lucha. Valerosamente, levantó sus espadas y una repentina ráfaga de fuego corrió por las venas de Lisandra. *¡Ahora!*, le gritaba su instinto. Ahora era el momento.

Y ella contraatacó.

Dio vueltas a sus espadas, con una velocidad que desdibuja sus contornos, y se defendió del ataque despiadadamente. Los quites de su oponente se volvieron frenéticos con una brusquedad tremenda mientras retrocedía, con las espadas en un movimiento desaforado para desviar la embestida.

Lisandra empujaba con más fuerza y la gala ahora solo podía pararla en el último segundo. Su esfuerzos se hicieron más intensos y entabló un intercambio final y furioso de embistes con su desesperada contrincante. Con cada impacto de las espadas veía que se agotaba la fuerza de la gala, e hizo añicos su defensa.

No sintió remordimiento alguno: solo una euforia maravillosa y hermosa cuando observó que la carne de la otra mujer cedió y se abrió en el momento que la atravesó con la hoja. La gala se ahogaba y echaba enormes cantidades de sangre por la boca. En su pecho se podía ver la herida abierta. Lisandra sacó la espada y aprovechó su propio impulso para girar. Su hoja alcanzó el cuello de la tambaleante mujer y le separó la cabeza del cuerpo, que subió en forma arco hacia el cielo, con los ojos y la boca abiertos por completo, congelados para siempre en una mueca de horror y de dolor. El cuerpo degollado se mecía lo que pareció una eternidad antes de, con una lentitud casi reverencial, caerse hacia atrás y estrellarse contra el suelo, donde la sangre esparcida parecía una almohada de color carmesí.

Con una brusquedad escalofriante, la realidad golpeó a Lisandra. El clamor de la multitud la envolvía, la empapó con una cascada de disonancia. Era un extraño cuadro: el cuerpo, que todavía se movía nerviosamente por los pies, y un hombre alto que se acercaba a ella, vestido de Caronte (el barquero de

los muertos) y que llevaba una vara en forma de gancho. Lentamente, y con un cierto aire ceremonial, «Caronte» recogió la cabeza de la gala y luego clavó el torso a la vara. Con el mismo ritmo formal, arrastró el cuerpo detrás él.

Lisandra retrocedió, se dio la vuelta y se dirigió al túnel. Sus pensamientos eran una masa confusa de euforia, culpa y alivio.

Lisandra miraba desconsolada a través de los barrotes de la cárcel móvil cómo el paisaje árido de Caria pasaba ante ella con una lentitud que le adormecía la mente. Nada rompía la monotonía de las vistas, excepto algunos arbustos, alguna que otra loma y, de vez en cuando, un viajero que iba de camino a la ciudad.

El carro había estado dando brincos durante algunas horas y dejaba atrás la ciudad de Halicarnaso. Desde luego, lo que había visto de las calles cuando dejaban la ciudad la había impresionado: el tamaño del lugar, en comparación con su *polis* natal Esparta, era gigante y algo vulgar. Suponía, hasta donde sabía, que eso era lo que se podía esperar de los heleno-asiáticos, todos ellos serviles imitadores de los romanos. No es que hubiera conocido a ninguno en persona, pero no se contaban historias si no había algo de verdad en ellas.

Era una de las siete prisioneras que iba en el carruaje, pero la comitiva de Balbo las seguía a bastante distancia y ella solo podía suponer que la habían puesto con las últimas «adquisiciones» del *lanista*.¹

Las otras que estaban en el carro eran todas de estirpe bárbara. No sabían hablar latín y mucho menos el heleno nativo de ella. Sin embargo, esto no les impedía hablar sin parar en sus propias lenguas incomprensibles, y el sonido que producían la ponía nerviosa.

Después de su combate en la arena, habían metido a Lisandra bruscamente en la celda a esperar pacientemente que terminaran los espectáculos del día. Aunque había que reconocer que le habían dado de comer e incluso le habían hecho una revisión médica superficial para ver si tenía alguna herida. Una vez que vieron su estado de salud, la encerraron en la oscuridad y el olvido hasta que fue hora de que la caravana de Balbo partiera. Había intentado hacer preguntas cuando la arrastraron al carro de la prisión que

¹ N. de la t.: Preparador de gladiadores.

estaba esperando, pero, después de averiguar que ahora era propiedad de Lucio Balbo, cualquier otra pregunta era recibida con un grito en el que le ordenaban que permaneciera en silencio, seguido de una fuerte bofetada si persistía en su empeño.

El dolor físico era algo que había tenido que soportar desde la infancia, pero el golpe le sirvió para recordarle su nueva posición. Casi enfermó cuando inesperadamente le vino la palabra.

«Esclava.»

Y peor aún, una esclava de la arena (lo más bajo de lo más bajo), poco más que un animal. Había entrado a formar parte del escalón menos respetado de la sociedad. Era casi insoportable, pero se consoló al saber que, en cuanto el dueño de la tropa se enterase de quién era ella, esta situación ridícula se rectificaría por completo.

Una palmadita en el hombro la despertó de su ensoñación y, cuando Lisandra se giró, una bárbara pelirroja le estaba ofreciendo un trozo de pan. La mujer agarraba este dudoso regalo con sus dedos llenos de mugre y Lisandra estuvo tentada a apartarlo de un manotazo; pero la sonrisa de la mujer era sincera y se dio cuenta de que sería de persona maleducada rechazar el ofrecimiento. Esperaba que la sonrisa con la que le correspondió no pareciera una mueca y cogió el pan que le había dado. La mujer le dio un golpecito de hermana en el brazo y volvió a sentarse con sus compañeras. Lisandra volvió a su ensueño, pero en su fuero interno se sentía agradecida por este acto de solidaridad.

Viajaron durante varios días y, para su sorpresa, les dieron de comer con regularidad. La comida era de una calidad excelente: un guiso de carne y cebada, mejor que cualquier cosa que Lisandra hubiera probado en su vida. De hecho, sus captores parecían tomarse muchas molestias en mantener a las mujeres con buena salud, lo cual era contrario a lo que había oído sobre la vida de las esclavas. Aparte de los piojos que habían infestado a todas las cautivas, el viaje fue, si no agradable, al menos soportable.

Ciertamente, había surgido la comunicación, hasta cierto punto, entre Lisandra y sus compañeras bárbaras. Por mímica, algo cómica, se enteró de que la mujer pelirroja se llamaba Hildreth. Ella y sus compañeras eran de la tribu de los chatti, a quienes Lisandra identificó de inmediato como germánicos. Los chatti eran muy conocidos en el Imperio; sus guerreros habían sido hostigados por las legiones del emperador a lo largo del Rin durante algunos años.

Hildreth, por supuesto, no había oído hablar de la Hélade; ni siquiera cuando Lisandra se refirió a su tierra natal como Grecia a la manera romana; la mujer de la tribu se encogió de hombros y negó con la cabeza. Lisandra creyó inútil seguir insistiendo. La geografía iba a estar mucho más allá de su nivel

de comprensión. En su lugar, se centró en enseñar a las germanas latín básico. Desgraciadamente, la reputación que los bárbaros tenían de ser lentos no era infundada y ella perseveró solo para pasar el tiempo más que por un deseo real de educarlas.

Sin embargo, enseguida el carro de prisión se llenó de gritos en latín con un acento fuerte, con palabras como «¡cielo!», «¡árbol!» y «¡piedra!» que rápidamente se convirtieron en frases como «No hablo latín, ¿hablas germánico?».

Al principio todo era diversión, pero inevitablemente la hilaridad que las clases producían entre las mujeres de la tribu atrajo la atención de los guardias de Balbo, que las amonestaron para que bajaran la voz, y para asegurarse de que entendían el mensaje las amenazaron con un sólido garrote.

Sin embargo, Lisandra descubrió que la diversión había funcionado. El tiempo pasó con bastante rapidez y se sorprendió cuando a lo lejos divisó una larga estructura amurallada; sin duda, habían llegado a su destino.

Un silencio expectante reinó entre las prisioneras mientras la caravana serpenteaba lentamente hacia la construcción. A medida que se acercaban, a Lisandra le daba la impresión de que era parecida a una Troya en miniatura, por lo sólidas que eran sus paredes. La pesada verja de hierro forjado se abrió y la caravana pasó por debajo de una inscripción en forma de arco que proclamaba que esta era la «Escuela de gladiadoras de Lucio Balbo».

Lisandra se inclinó hacia delante con las manos agarradas a los barrotes de hierro de la jaula mientras entraban en el *ludus*.²

El lugar era un hervidero de actividad frenética, repleto de mujeres absortas en varios ejercicios marciales. El sonido de las armas de madera al chocar llenaba el ambiente y se mezclaba con las órdenes de los entrenadores y los gritos de exultación y exasperación. Era una escena familiar y, a pesar de las circunstancias, Lisandra la encontró extrañamente reconfortante.

Las puertas de la jaula se abrieron con un repiqueteo y los guardias les dijeron que salieran con una orden en su bárbara lengua gutural. Lisandra pudo sentir como el horror invadía al grupo.

—Quitaos la ropa y ponerla aquí —repitió un guardia, esta vez en latín. Lisandra se encogió de hombros: en Esparta, todos los ejercicios se hacían *gymnos*, desnuda; después de todo, el cuerpo era algo de lo que estar orgullosa. Obedeció, contenta de deshacerse de la mugrienta túnica.

Sus compañeras siguieron su ejemplo a regañadientes y enseguida Lisandra se dio cuenta de lo que pasaba: evidentemente, en Germania, el cuerpo no era algo de lo que estar orgullosa. Despojadas de su ropa, las mujeres de la tribu

² N. de la t.: Escuelas de gladiadores.

eran un grupo con un aspecto absurdo. Era verdad que ella era de piel clara, pero estas mujeres eran de una palidez casi transparente. Sus enormes pechos colgaban de un torso demasiado blanco y mostraban una variedad sorprendente de vello púbico. Lisandra tuvo que morderse la lengua para no reírse. En el trayecto hasta el ludus ya les había visto masculinas matas de pelo en las axilas, pero el desnudo integral germánico era cómico por ser exageradamente velludo.

—Hablas latín. —La afirmación del guardia interrumpió su crítica de las características de esa tribu. Ella observó al hombre y vio que era bajo, rechoncho y poco agraciado. No era un bárbaro, pero casi. Parecía macedonio. Lisandra se irguió.

—Sí. E indudablemente mejor que tú.

El hombre se quedó perplejo: por un momento la miró boquiabierto; los otros se callaron, tan asombrados como él por la arrogancia de Lisandra. Durante un instante hubo un ambiente de tensión e incertidumbre. Entonces, uno de los hombres soltó una carcajada por la vergüenza que estaba pasando su compañero. La reacción se propagó y los guardias se reían también a carcajadas por su atrevimiento. Las germanas miraban a su alrededor sin saber muy bien qué estaba pasando.

El macedonio negó con la cabeza.

—Tienes suerte de que no te dé una buena paliza —dijo él, pero el regodeo previo socavó su amenaza—. Vamos, tú y tus queridas bárbaras tenéis que lavaros.

Mientras el grupo se ponía en marcha, el guardia observó que su actitud impertinente ya la había metido en problemas antes. Por delante era hermosa y perfecta, por detrás su espalda estaba marcada por un enrejado de pálidas cicatrices.

Las llevaron por todo el recinto de entrenamiento y aprovecharon la oportunidad para asimilar el entorno. Como sugería el exterior, el ludus parecía más una ciudad amurallada en miniatura que una prisión. Había cabañas de piedra bajas en uno de los lados de la enorme zona de entrenamiento. Lisandra supuso que esas eran las habitaciones de las esclavas (*la mía*, pensó taciturna). Frente a las cabañas había villas romanas, mucho más allá del ruido y del polvo. Podían verse las fuentes y las estatuas y Lisandra hizo un gesto de asentimiento cuando pasó por delante de una imagen de Minerva, el nombre romano de la diosa Atenea. El extremo más alejado del ludus lo ocupaban unos baños públicos y allí se dirigían ella y las bárbaras.

Los guardias las hicieron pasar por la entrada y las dejaron al cuidado de unas esclavas, la mayor de las cuales era una germana de aspecto severo que

se llamaba Greta. Afortunadamente, algunas de las otras ayudantes hablaban helénico y oír el sonido de su propio idioma le levantó un poco el ánimo a Lisandra.

Las llevaron a una sala lateral donde había unos cubos con un líquido que olía apestosamente, y poco más. Greta ordenó a las mujeres que se echaran el oloroso líquido en la cabeza. La mezcla tenía un olor penetrante a nafta y Lisandra pensó que, aunque fuera repugnante, el mejunje la libraría de los piojos que habían sido sus compañeros de viaje en los últimos días. En todo caso, era preferible a que le afeitaran la cabeza.

Greta ordenó a las mujeres que se enjuagaran con agua caliente antes de llevarlas a la sala funcional principal del edificio. Lisandra sonrió de placer mientras se metían en los baños propiamente dichos. La piscina era grande y, para su sorpresa, perfumada. Las volutas de vapor salían de la superficie y hacían que el aire fuera húmedo y denso. A Lisandra no se lo tuvieron que decir dos veces, se metió en el agua con determinación.

Hildreth y las otras vacilaron, y ella y Greta intercambiaron discordantes palabras en germánico. Greta, aunque evidentemente era también una esclava, parecía haberse hecho con un puesto de antigüedad en el mundo independiente del ludus y, por lo visto, no toleraba ningún acto de rebeldía. Pero Hildreth también parecía peligrosa: ciertamente, no era una mujer con la que se pudiera jugar. Lisandra se detuvo y miró a una de las ayudantes de Greta con una ceja arqueada.

—¿Qué están diciendo? —preguntó.

La chica era joven, quizá seis años más joven que Lisandra, que tenía diecinueve. Era muy baja, y en su delicado rostro pecoso destacaban unos enormes ojos castaños y una mata oscura de rebeldes rizos. Encogió sus flacos hombros.

—No lo sé con seguridad, pero puedo imaginármelo —respondió ella—. Las mujeres bárbaras tienen miedo a bañarse. —Se aventuró a esbozar una ligera sonrisa—. ¡Piensan que pueden coger frío y morir!

Lisandra resopló con desprecio.

—Salvajes ignorantes —murmuró ella y se zambulló sin decir nada más. Era verdad que llegó a ver a las bárbaras de una forma un poco menos despectiva, después del viaje al ludus, pero su mala opinión de ellas era apropiada. Eran como niñas demasiado grandes: estúpidas, asustadas y supersticiosas. Y, pensaba ella, su dudosa compañía era algo que le habían impuesto. En circunstancias normales, no les habría prestado siquiera su atención y mucho menos su tiempo.

Esos pensamientos se alejaban lentamente mientras se deleitaba con la sensación del agua caliente en su piel. Después de los días mugrientos que pasó de viaje, el placer de lavarse era inmenso. Daba vueltas en la piscina y dejaba

que el calor le abriera los poros y limpiara la ciénaga de sudor y suciedad de su cuerpo.

Nadó un rato bajo el agua, antes de salir a flote y dejarse llevar perezosamente hacia uno de los lados. Con los brazos y los hombros apoyados en el borde de la piscina, observó como las germanas perdían su batalla por seguir sucias. De mala gana, una a una, se metían en el agua humeante, mientras gritaban conmocionadas por la poco natural temperatura. Sin embargo, vencieron el miedo cuando el calor perfumado hizo su seductor trabajo: relajar los músculos agarrotados y purificar la piel. Greta lanzó una bolsa de esponjas entre las mujeres de la tribu, que arrullaban de gusto. Se empezó a formar una mancha de suciedad alrededor de ellas cuando empezaron a frotar vigorosamente para quitar años de mugre incrustada.

Lisandra se quedó bien alejada de ellas, pero cualquier esperanza que tuviera de holgazanear en el agua se desvaneció rápidamente cuando el ojo experimentado de Greta juzgó que sus compatriotas estaban lo suficientemente limpias. Dio unas palmadas enérgicas y dijo que salieran todas de allí.

La diminuta esclava con la que había hablado antes se acercó a ella.

—Tienes que venir conmigo —dijo la chica. De igual modo, el contingente de Greta se llevaba a cada una de las prisioneras. Después del baño, Lisandra se sentía relajada y, a pesar de la circunstancia en la que se encontraba, mejor de lo que había estado en semanas. Por eso no iba preguntar.

Su diminuta guía la llevó de la zona de baño propiamente dicha a una sala lateral. Allí había un banco con una toalla encima.

—Soy Varia —informó la chica.

—Lisandra.

Varia señaló el banco y le indicó a Lisandra que se pusiera boca abajo sobre él.

—Relájate —dijo ella mientras le echaba en la espalda y hombros una generosa cantidad de aceite de un olor dulce. Sus pequeñas manos trabajaban con destreza el unguento en la piel; sus dedos, sorprendentemente fuertes, masajeaban cualquier tensión que quedara en los músculos.

Casi ronroneaba de placer con el alivio que le proporcionaba el masaje de Varia. No podía evitar sorprenderse por este tipo de tratamiento, algo que mencionó a la joven esclava. Ciertamente no era lo que le había hecho creer que era el destino de una esclava.

—Bueno —contestó Varia mientras aplicaba su magia en las piernas de Lisandra—. Muy pronto se volverá muy duro. Hay que estar a la altura de ciertos valores —añadió ella de forma realista—. Todas las gladiadoras están muy bien entrenadas.

Lisandra murmuró su comprensión. Sus fosas nasales se dilataron ligeramente para capturar el aroma de la cera. Varia estaba hablando de nuevo.

—Así que no todo es masajes y baños. Y algunos de los entrenadores pueden ser muy crueles. Veo que ya has tenido un dueño violento. —La esclava pasó los dedos por encima de las cicatrices de su espalda.

El sonido agudo como de arrancadura que salió de la celda adyacente y al que siguió un grito de agonía interrumpió cualquier respuesta que Lisandra estuviera a punto de dar. Dio un respingo y miró hacia atrás por encima del hombro de manera inquisitiva.

—Cera —respondió Varia a la pregunta no expresada—. Dura más que el afeitado, pero la primera vez es muy dolorosa para las bárbaras.

Lisandra estaba totalmente de acuerdo. Aunque era verdad que la habían entrenado para ignorar el dolor, no podía evitar sentirse agradecida de que la cera fuera un calvario al que ella no tendría que enfrentarse. Una pasada rápida con una cuchilla de bronce sería suficiente para una mujer civilizada como ella.

En mucha mejor forma después del placer inesperado del baño, Lisandra salió con una túnica fina que le habían dado y, a pesar de las circunstancias, con una alegría que no había sentido desde que su barco naufragara. Hildreth y las mujeres de la tribu se unieron a ella. Por su manera de andar se veía que la cera la había dejado algo sensibles. Greta les ordenó que formaran una sola fila y que permanecieran en silencio.

Después de unos minutos, uno de los entrenadores, quien ella sabía que era conocido por el nombre de «Vara», se acercó a la hilera de mujeres. Lisandra observó cómo las escudriñaba. Ya había visto esa mirada antes, cuando era más joven: Vara estaba evaluando su forma física, buscaba un fuego que surgiera de los ojos indicaban que esa mujer prometía.

—Bienvenidas a vuestra nueva casa —dijo él con su voz aguda y nasal.

Mientras él hablaba, Greta traducía para las mujeres germánicas.

—Sois esclavas... menos que un ser humano. Olvidaros de que una vez fuisteis mujeres con una vida fuera de estos muros.

Sonrió burlonamente y con maldad.

—Solo haría que os resultara más doloroso.

Empezó a caminar de un lado a otro de la fila de mujeres mientras blandía la vara hecha con un sarmiento de vid que le daba su nombre.

—Vuestro único propósito en la vida es ofrecer un entretenimiento de alta calidad a un público muy exigente. Seréis entrenadas para este fin: para luchar y matar, y para enfrentaros a la muerte de una manera civilizada.

»Me obedeceréis a mí y a los demás entrenadores en todo momento. Recordad que no sois más que esclavas y es vuestro destino servir las demandas de vuestros amos.

Vara se paró delante de Hildreth. Lenta y deliberadamente, deslizó una mano morena y callosa por debajo del dobladillo de la túnica y la acarició entre las piernas. Se rió con estridencia cuando la mujer se puso colorada por la

vergüenza, con una mirada llena de furia por la impotencia. Vara sacó la mano e hizo alarde de oler su fragancia.

—Sea lo que sea lo que os pidan —añadió él. En un aparte, él asintió y le guiñó un ojo a Hildreth—. Muy bueno.

Claramente, Vara ya estaba caliente.

—Si nos obedecéis en todo, vuestras vidas aquí serán incluso agradables. Si nos desobedecéis, haré que vuestra existencia sea tan horrible que la muerte os parecerá una liberación. Entrenad duro y aprended... y puede que sobreviváis para comprar vuestra libertad. —Las fulminó con la mirada y negó con la cabeza—. Pero por lo que veo, lo dudo. Lo más probable es que yo pierda el tiempo y vosotras os ahoguéis en vuestra propia sangre después del primer combate. Mejor será que nos pongamos a trabajar, ¡maldita sea! Empezad a correr. Dad vueltas al ludus hasta que yo os diga que paréis.

Las mujeres se dieron la vuelta y empezaron a correr. Cuando Lisandra dio un paso, Vara le puso su palo en el pecho.

—Tú no, griega. El lanista quiere verte.

Lisandra miró al pequeño y enjuto parto, con una mezcla de diversión y desprecio.

—Está bien —dijo ella—. Porque quería verlo.

Vara aguantó su mirada por un momento; entonces le golpeó brutalmente el plexo solar con el extremo del palo. Lisandra se quedó sin aliento y se dobló de dolor. Vara la lanzó al suelo y le dio unos fuertes azotes en la espalda. Mientras se encogía horrorizada y dolorida, el parto la cogió de los pelos y le puso la cara delante de la suya. Sus ojos saltones brillaban de furia.

—Deja esa actitud, querida, o tú y yo no vamos a llevarnos bien, ¿entendido?

La tiró de nuevo al suelo y blandió la caña delante de su cara.

—Venga, el lanista quiere verte.

Lisandra miró con odio a su torturador. El honor espartano (su honor) le exigía que se levantara y redujera esa horrible cara lasciva a papilla. Por un momento, su cabeza se llenó de ira y se puso tensa, lista para saltar. Entonces, tan rápido como lo había perdido, recuperó el control. Dejó que la cólera desapareciera poco a poco y se obligó a asentir en señal de acatamiento. Se dijo a sí misma que ya habría tiempo suficiente para la venganza cuando fuera libre. Entonces, el canalla asqueroso sufriría por este insulto a su persona.

Vara parecía impasible cuando hizo un gesto hacia los aposentos de Balbo y le indicó que lo siguiera. Pero el incidente lo había inquietado. Cuando la había mirado a los ojos, había visto arrogancia y desdén, además de una ausencia total de miedo. En ese momento, él se dio cuenta de que no había visto a nadie como ella en los años que llevaban en la arena. La había golpeado con fuerza, lo suficientemente fuerte como para dejar a muchos hombres fuera de

combate. Pero no había intimidado a la griega y no era el miedo lo que la había frenado. Su mirada le dijo a Vara que, tarde o temprano, tendría que hacer que se cayera al suelo para siempre.

La casa de Lucio Balbo era la más opulenta de todas la que Lisandra había observado cuando entró por primera vez en el ludus. Estaba alejada de la zona de entrenamiento, estaba limpia, era blanca y estaba suntuosamente decorada. Tenía varias estatuas grandes de deidades romanas y unas cuantas divinidades de la zona en el jardín floral que daba a la morada propiamente dicha. En el centro, por supuesto, había una imagen del emperador, Domiciano, pintada y llena de guirnaldas. Para los gustos austeros de Lisandra, estaba un poco recargada.

Vara le lanzó una mirada de ira y la dejó con un joven en la entrada de la casa de Balbo. Estaba perfumado y era guapo. Su quitón era azul claro y mucho más corto que el de ella. El pelo rubio del chico estaba peinado y aceitado de una forma extravagante y enmarcaba un rostro rollizo, sensual, casi malhumorado, el rostro de alguien que estaba acostumbrado a que le concedieran todos los caprichos.

—Saludos —ceceó él en helénico. Ella reconoció su acento ateniense de inmediato—. Soy Eros.

—Por supuesto que lo eres.

Él dio un resoplido de desdén, le indicó que le siguiera adentro y chasqueó la lengua cuando vio que los pies descalzos de ella dejaban huellas de polvo en el mármol inmaculado.

Los dos atravesaron en silencio la casa hacia la zona del despacho, algo revuelta. Este espacio desordenado parecía fuera de lugar en un entorno por lo demás suntuoso.

—El amo Lucio Balbo te está esperando. —Eros se fue con gesto airado, su desaprobación era evidente a cada paso que daba.

Desde hacía tiempo, Lucio Balbo se había hecho con un hueco en el mercado del entretenimiento de Halicarnaso como el proveedor de números novedosos para los importantes y habituales juegos de la provincia. Era el único lanista que se especializaba en el entrenamiento de mujeres para el combate de gladiadores. Otros hacían incursiones en el negocio y tenían mujeres en sus escuelas, pero solo él podía reivindicar como suya una formada exclusivamente por gladiadoras.

Para ser sincero, Balbo no esperaba que su última adquisición sobreviviera; para poder luchar como la *dimachaera* (la mujer de dos espadas) se necesitaban

dos largos meses de entrenamiento, y esta griega había estado con ellos menos de siete días. Había llegado en el momento oportuno. Su luchadora habitual había caído enferma del estómago, lo que hacía imposible que pudiera luchar. Eso dejó a Balbo con la posibilidad inconcebible de que le pudieran confiscar los honorarios. El *curator*³ de los juegos habría estado muy molesto si el programa se viera afectado en el último momento y estaba dentro de los derechos contractuales retrasar el pago si la persona no aparecía.

Pero Balbo siempre había tenido suerte. Con un sentimiento de cariño y profundo respeto hacia Fortuna, reflexionó sobre los eventos que habían llevado a la chica a su presencia. Mientras su caravana viajaba por la costa de Halicarnaso, su cena se había visto interrumpida por Vara, quien, nervioso, exigía hablar con él. De mala gana, había accedido.

—Balbo, ¡estamos salvados! —había anunciado Vara cuando entró a toda prisa—. Los chicos y yo bajamos a caballo a la playa a ver si encontrábamos algo que hubiera traído la tormenta y que mereciera la pena tener.

Los saltones ojos de Vara brillaban entusiasmados.

—¡Encontramos algo más que pecios, Balbo!

—¡Desembucha, Vara!

—¡Una chica, Balbo! ¡Encontramos una chica! De verdad. Un barco había naufragado en una tormenta y había restos por toda la playa. —Vara se inclinó hacia delante y bajó el tono de voz a un susurro—. Pero era un barco de la Legión, Balbo. Había espadas, *pila*,⁴ estandartes... —Su voz se fue apagando lentamente en busca de las palabras adecuadas—. ¡De todo!

Balbo no era un hombre que dejara escapar una oportunidad.

—¿Puedo confiar en que tú y los chicos traigáis el botín a la caravana?

Vara parecía ofendido.

—Por supuesto.

—¿Y qué si habéis encontrado una puta de la Legión? —quiso saber Balbo—. Supongo que os habéis divertido arando un buen surco. No veo cómo puede «salvarnos» eso.

—Es lo que buscábamos —dijo Vara—. Algunos de los chicos iban a cogerla, pero ella luchó como una jabata. Agarró una *gladius*⁵ de entre los restos del naufragio cuando se acercaban y atacó a los dos que tenía más cerca. Pobres Tiro y Gideon... —Movié la cabeza en un gesto de remordimiento exagerado—. Acabó con ellos así. —Chasqueó los dedos.

Balbo se incorporó.

³ N. de la t.: Promotor.

⁴ N. de la t.: Jabalinas o lanzas.

⁵ N. de la t.: Espada.

—¿Ella hizo qué?

—Balbo, te digo que esta chica tiene un talento natural y mejor que ningún otro que haya visto. Nadie va a intentar luchar contra ella a pie después de lo que les hizo a esos dos. La capturamos a caballo y la atamos. En todo momento luchó como una de las Furias.

—Espero que no estés exagerando, Vara. No me gustaría nada —le avisó Balbo.

—Te lo juro... —Vara se puso la mano en el corazón—. Puede sustituir a Teuta en las dos espadas; ¡no perderemos nuestro dinero!

—¿Es el consuelo por la pérdida de Tiro y Gideon? —preguntó Balbo de forma irónica.

Vara se puso de pie.

—De todas formas, nunca me gustaron —había dicho él. Y lo dejó con sus pensamientos.

Lucio Balbo no se consideraba tonto y había tomado las afirmaciones de Vara con un buen grado de escepticismo. Tiro y Gideon estaban con frecuencia borrachos y una mujer armada y desesperada podría probablemente haberlos despachado con aparente facilidad. Pero Lisandra lo impresionó en la arena y había disipado todas sus dudas en cuanto levantó las hojas. Luchó con una habilidad que iba más allá del talento natural; que la habían entrenado (y bien) era más que patente. La estrategia, la coordinación y la resistencia habían sido evidentes en su combate con la gala. La chica lo intrigaba y, solo por ese motivo, había ordenado que la trajeran ante él a la mayor brevedad posible.

Oyó como Eros la llevaba hasta su oficina, aunque ella se quedó junto a la puerta, vacilante, mientras miraba por encima de su hombro al sirviente que se retiraba. Se enfadó por el desdén que mostraba a su posición: un esclavo no debía hacer esperar a su amo.

—Entra.

Su voz hizo que ella se diera la vuelta. Sentado al fondo del despacho con filas de pergaminos, detrás de una mesa de madera ornamentada, observaba con ojo crítico cómo ella se acercaba.

Aunque era agradable estéticamente, no tenía los encantos de las gladiadoras que provocaban el gozo del público predominantemente masculino de este espectáculo femenino. En primer lugar, era demasiado alta, lo suficiente como para mirar a muchos hombres a los ojos. Su pelo, negro como la noche, contrastaba marcadamente con su piel blanca, casi de alabastro. Tenía los pechos firmes, aunque no del tamaño que en ese momento prefería el conecedor de la arena: las mujeres del norte de Europa hacían furor, eran voluptuosas, salvajes y peligrosamente deseables. Pero lo que llamó su atención fueron sus ojos, su mirada azul celeste, penetrante y despierta. No,

pensó él, esta posee la belleza de una escultura de mármol, serena y distante: un gusto adquirido para un paladar refinado.

—Me alegro de que se haya solucionado este malentendido —dijo ella, e interrumpía así sus pensamientos—. Veo que eres un hombre rico. Voy a necesitar que me prestes algo de dinero para volver a Esparta.

Levantó una mano para cortar al asombrado lanista cuando empezó a decir algo.

—No te preocupes, Lucio Balbo, el templo de Atenea no carece de medios. Te devolveremos el dinero.

Balbo la miraba boquiabierto.

—¿Cómo dices?

La chica le sonrió con una expresión de condescendencia.

—Lo necesito para viajar a la Hélade... a Grecia como decís vosotros los romanos. Mi hermandad te enviará todo el dinero cuando vuelva a casa.

—¿Eres sacerdotisa?

Balbo titubeó. No estaba acostumbrado a que otra persona llevara la iniciativa en la conversación. Estaba perplejo con que la chica supusiera arrogantemente que la iban a liberar solo porque ella lo deseaba. Es más, su actitud indicaba que estaba llevando a cabo algún tipo de ceremonia.

—Una sacerdotisa de la misión, Lucio Balbo.

Lo dijo con cierto orgullo, aunque el lanista no tenía ni la más remota idea de qué significaba eso. Sin embargo, había recuperado el juicio lo bastante como para no mostrarle su ignorancia. Volvió a relajar su gran cuerpo en el asiento y colocó las manos entrelazadas encima de la barriga mientras ponía en orden sus pensamientos. Balbo ya había pasado por situaciones de ese tipo antes: a menudo, este tipo de personas religiosas creían que su devoción a cualesquiera que fueran los dioses a los que rezaban las eximía de la esclavitud. Demasiado pronto, descubrían que nadie se libraba de la servidumbre en Roma.

—Creo que eres tú la que lo ha entendido mal. —Hizo una pausa, para que lo asimilara, contento al ver el cambio en sus ojos. Evidentemente, no esperaba esa respuesta y eso la había puesto a la defensiva. Y, precisamente, esa era la relación que preferiría tener con su mercancía—. No me importa lo que eras antes, ahora ya no lo eres. Bajo la ley romana, eres de mi propiedad. Eres mi esclava.

—¡No soy una esclava! —le cortó Lisandra, que dio un paso adelante. Balbo tuvo que poner toda su voluntad para no echarse hacia atrás. No es que fuera un cobarde, pero había visto a la griega en acción y tenía mucho respeto a sus habilidades. Esbozó una sonrisa.

—Tu antiguo estatus no te protege.

Hizo alarde de mirar sus papeles, como si estuviera buscando una nota que había garabateado antes.

—Lisandra —concluyó él—. He comprado y vendido sacerdotisas, prince-
sas e incluso reinas. Todas tienen los mismos derechos a los ojos de la *lex
romana*; es decir, no tienen derecho alguno.

Pudo ver como Lisandra se quedó sin saber qué decir. Después de todo, era
todavía joven e inexperta; a pesar de que en su apariencia externa era dura,
sabía que no dejaba de ser una adolescente.

—Además... me da igual quién o qué afirmes ser, simplemente eres detrito
que el mar ha arrojado a la orilla. Han muerto dos hombres de mi propiedad.
Las evidencias dicen que eres una simple asesina. De una forma u otra, la arena
es tu destino. Pero si los pretores te acusan de eso, te matarán sin que tengas
oportunidad de defenderte.

Balbo podía imaginar el golpe psicológico que era convertirse en esclavo,
sobre todo para aquellos que estaban acostumbrados a imponer respeto, como
debía de ser el caso de una sacerdotisa. Pero era lo suficientemente prudente
como para saber que si la presionaba demasiado pronto, podía hacer pedazos
su ánimo. Había visto mujeres de tribus, que el simple hecho de verlas
acobardaría al legionario más valiente en combate, reducidas a nada cuando se
insistía demasiado en su condición de esclavas. Una mujer sin espíritu de lucha
era una mala inversión.

—Mira —dijo él en un tono más suave, más apaciguador y, pensó él, casi...
paternal—. Esta vida no es tan mala como puedas pensar.

Él ignoró el gesto escéptico que hizo con la ceja.

—Te mandé venir para preguntarte dónde habías aprendido tu extraordi-
naria aptitud para el combate, pero es evidente. —Se andaba con rodeos. Era
consciente de que algunas sectas religiosas entrenaban a sus sacerdotisas en el
combate ritualizado. Según la historial marcial de los espartanos, parecía
razonable suponer que sería probable que se entregaran a tales practicas.

—Has luchado y has sobrevivido a tu primer combate con facilidad—siguió
él y notó un destello de orgullo en el azul de sus ojos.

Él hizo un gesto expansivo.

—No vivo en todas las casas que ves aquí. Los barracones son para las
nuevas chicas y las malas luchadoras. Mis mejores guerreras, aquellas que
están en la categoría superior, viven en el lujo.

Quizá era exagerar un poco la verdad. Sin embargo, después de la inmundicia
de las celdas que formaban los barracones, incluso una de las casas
modestas de Balbo parecería el palacio dorado de Nerón.

La expresión de Lisandra era burlona.

—¿Estás intentando ofrecerle opulencia a una espartana para cegarla a la
esclavitud?

Balbo se sobresaltó por dentro. Esta esclava parecía tener una respuesta para
todo. Probó una táctica diferente.

—Una buena luchadora recibe regalos del público. Una guerrera excelente enseguida se puede hacer muy rica. —Hizo una pausa—. Lo suficiente para comprar su libertad.

Lisandra apretó los labios en un gesto de enfado.

—Me estás vendiendo lo que es mío de nacimiento.

Balbo se encogió de hombros.

—Es una pequeña esperanza —dijo él—. Pero una esperanza después de todo. Eso es todo lo que te puedo dar.

Entonces, se quedaron en silencio un buen rato.

—Mi hermandad te compraría mi libertad si les pudiera escribir —dijo finalmente ella.

Un calor recorrió al lanista cuando detectó bajo ese acento provinciano, una desesperación implorante en su voz. Él creía que esos labios orgullosos no estaban acostumbrados a eso. No había nada como imponer su voluntad contra otra, como ver la evolución de una mujer libre a esclava y de esclava a gladiadora. Por mucha carne de arena que hubiera producido, siempre había nuevas esclavas, nuevos retos. Ver capitular a las orgullosas, como esta espartana, le producía un placer enorme.

Balbo fingió estar pensando en esa posibilidad, pero ya la había descartado en cuanto salió de su boca. La verdad era que siempre había que negarles cualquier esperanza de rescate a las luchadoras. Saber que podría haber otro camino hacia la libertad además de ganándotela por medio de la espada sería desastroso, no solo para el ludus, sino también para el negocio en general. Por eso existía el juramento. Por supuesto, sabía que este nuevo lote todavía no lo había tomado, pero eso ocurriría con el tiempo.

—No lo puedo hacer —dijo, con el remordimiento justo—. Si lo hiciera contigo, lo tendría que hacer con las demás. Pasaría todos los días oyendo las mismas peticiones de chicas que afirmarían que se podían pedir rescates por ellas, mi negocio sufriría y el resultado sería el fin de todo lo que poseo. Lo siento —mintió.

La observó, estudió la reacción de la chica ante sus palabras. Ella no estaba acostumbrada a las artimañas y lo que sentía lo tenía escrito en la cara, algo que podía interpretar claramente alguien tan astuto como él. Confusión, ira y después una mirada salvaje de animal atrapado. Cada una de estas emociones dejaba su marca. Las líneas de la edad física todavía no habían empezado a mostrarse en sus rasgos de alabastro, pero las experiencias de la vida habían comenzado a desgastar el alma de la chica.

—Vete y empieza tu entrenamiento —dijo él, ya con brusquedad y desdén—. Eres buena, pero todavía te queda mucho por aprender.

Entonces ella se irguió, con una repentina arrogancia en los ojos.

—¿De estos aficionados tuyos? —dijo entre dientes—. Lo dudo.

Sin esperar a que la mandaran retirarse, se dio la vuelta y se alejó de la presencia del lanista.

Balbo la vio irse con una mezcla de diversión y curiosidad. Los dioses habían sido buenos con él de un tiempo a esa parte. Sus chicas estaban ganando en popularidad y las luchas eran cada vez más lucrativas. La griega sería una excelente adquisición para su escuela, un verdadero filón. Averiguaría más sobre su orden religiosa. Las chicas como Lisandra mantenían vivo su interés y fresco su entusiasmo. Uno se podía agotar, pensó él con tristeza, con demasiada premura en este negocio. De repente, soltó una sonora carcajada y, mientras se frotaba las manos, llamó a Eros.

No iba a llorar.

No era propio de los espartanos. Las lágrimas le escocían los ojos y amenazaban con salir, pero apretó los dientes para impedirlo. Y así, salió de la casa de Balbo en dirección a la zona de entrenamiento. Agradecía que su bravuconería no le hubiera fallado delante del lanista. No podía sucumbir a la desesperación. Tenía que enfrentarse a su destino con valor y con la disciplina que le habían inculcado desde pequeña (eso era lo que razonaba en su cabeza, pero su corazón gritaba y exigía que liberara sus emociones).

Luchó una encarnizada batalla contra sí misma, inundada por los sonidos discordante del ludus. Las mujeres giraban en la violenta danza de la lucha y sus rasgos se desdibujaban detrás del opaco velo de sus lágrimas. Tomó aire para armarse de valor, pero, en ese momento, se rompió el dique del dominio de sí misma. Se puso de cuclillas, con su negro pelo delante de la cara, y se entregó al dolor. Las lágrimas rodaban libres por su cara y cada aliento trémulo dejaba su corazón hecho trizas.

¿Cómo pudo haber estado tan equivocada? El rostro de su lanista llenó su imaginación y se burlaba de ella con la horrible verdad de sus palabras. Había estado tan segura, había confiado tanto en que recuperar su libertad era pura formalidad; de que Balbo, un ciudadano romano civilizado, la respetaría a ella y a su cargo. ¿No estaba su ludus adornado con imágenes de los dioses?

En ese momento, sabía que la piedad de Balbo era solo fachada; el único Dios que él adoraba era el dinero. No hacía distinción alguna entre las helenas civilizadas y las bárbaras salvajes, para él ellas eran simplemente carne rentable.

Esclavitud.

La sola palabra era un anatema para todo lo que era ser espartano, para todo lo que ella era. Con su desalentador pronunciamiento, Lucio Balbo la había despojado de la esencia misma de su ser y había hecho de ella una aberración a sus propios ojos.

Llorar era deshonorar no solo su herencia espartana, también a la propia Atenea. Aunque ahora, liberada del yugo de su voluntad, su aflicción se abría paso dentro de ella como feroces garras. En el silencio de la desesperación, se agarró fuertemente con sus brazos, como una niña, para aliviar su dolor. No sabía cuánto tiempo llevaba así. Solo era consciente de su oscura desesperanza.

—Aquí.

Levemente, se dio cuenta de que alguien le tocaba suavemente el hombro. Levantó la cabeza, con la visión todavía borrosa por las lágrimas, y contempló a la criatura más hermosa que hubiera visto nunca. A través de sus ojos empañados, Lisandra no supo decir si la mujer era una mortal o una musa de Apolo que había venido a hacerla desaparecer de aquel lugar.

Su pelo era del oro trenzado más delicado, lacio y fino, y su piel era de un dorado exquisito, obra del sol cario. Su semblante perfecto era de una excelencia que iba más allá de lo descrito en los himnos homéricos; de una belleza imposible, se movía con elegancia, como si fuera el vestigio de un sueño. Se arrodilló delante de Lisandra y le limpió la amargura de sus lágrimas con un paño frío y húmedo. Entonces sonrió, y la luz del mundo brilló en sus incomparables ojos azules.

—Lo vas a pasar mal si te ven llorar —dijo ella—. No les des esa satisfacción.

Lisandra asintió en señal de agradecimiento e iba a decir algo cuando una sombra calló sobre ellas.

—¡Eirianwen! —Era Vara. El enjuto parto no se esforzó en ocultar su sonrisa sarcástica al ver a las dos mujeres—. ¿Ya está llorando la nueva esclava?

—No. —Eirianwen se puso de pie—. Le di en la cara cuando giraba mi espada hacia atrás —dijo ella y señaló una espada de entrenamiento de madera que había cerca de ellos—. Se mareó, eso es todo.

—¿Mareada?

Vara se inclinó hacia delante y agarró el mentón de Lisandra para girarle la cara de un lado a otro, como haría un veterinario con un animal enfermo. Ella reprimió el impulso de apartarle la mano de un manotazo, tenía que hacer el papel que Eirianwen le había asignado.

—A mí me parece que está bastante espabilada —dijo él y la soltó con un empujón desdeñoso.

Lisandra sintió cómo la ira suavizaba su dolor. Se puso de pie.

Eirianwen se encogió de hombros.

—Quizá esté perdiendo facultades.

Vara soltó una carcajada que parecía un relincho de caballo.

—Lo dudo, siluriana —dijo él—. Vuelve al trabajo.

La mujer rubia asintió, recuperó su espada y empezó con la instrucción. Sus movimientos eran rápidos y precisos, sus golpes ejecutados con velocidad y

fuerza. A su pesar, Lisandra se quedó impactada al saber que su hermosa benefactora era, de hecho, de una de las tribus bárbaras más salvajes. Los silurianos vivían en la remota Britania y hacía poco que habían sido conquistados por Sexto Julio Frontino. Por lo visto, el actual gobernador de Asia Menor había llevado algunos cautivos a su último puesto y los había vendido.

—¿Qué estás mirando? —Vara interrumpió su ensoñación—. ¡Cinco vueltas al ludus y después te vienes conmigo y con el resto de las esclavas!

Era una orden y, aunque la daba el repugnante enano parto, la disciplina y el entrenamiento respondieron. Sin pensárselo, se puso en marcha, a un ritmo constante. Se abrió paso entre la gente que había en la zona de entrenamiento y sus largas piernas comían terreno con una rapidez que no le suponía esfuerzo alguno.

El simple hecho de sentir la familiaridad de correr calmó algo sus nervios, pero no podía librarse del vacío que la había abrumado. Cuando empezó el recorrido alrededor del ludus, mientras el perímetro recorrido definía su nuevo encarcelamiento y su nuevo estatus, luchó para aceptar su desgracia: echó la mirada atrás y buscó alguna acción pasada que pudo haber ofendido a los dioses y hacer que ellos la castigaran de esa forma.

Parecía que había pasado una eternidad desde que dejó la santidad del templo, en lo alto de la acrópolis de Esparta, para comenzar su misión, y sin embargo solo habían transcurrido menos de dos años. Era raro que alguien tan joven como ella recibiera este honor. En el estricto entorno del templo había destacado en todas las pruebas, tanto físicas como mentales. La suma sacerdotisa ya la estimaba merecedora de eso y no tomaba decisiones a la ligera. Cuando recordó el rostro de la anciana, Lisandra sintió una punzada de dolor en el pecho. Se preguntó si la volvería a ver, a ella o a cualquiera de aquellas hermanas con las que había crecido.

Apartó la imagen: no le haría ningún bien pensar en lo que había perdido. En su lugar, recordó su orgullo y la certeza de que la anciana la había juzgado bien. Había adelantado, después de todo, a cualquiera de las chicas de su grupo de edad. De hecho, Lisandra creía que era mejor, tanto en los conocimientos como en la destreza física, que la mayoría de las sacerdotisas del templo, pero pensaba que afirmarlo más de lo razonable habría sido maleducado. A la manera espartana, había dejado que sus acciones hablaran por sí mismas.

Lisandra había abandonado el templo con un plan definitivo en mente: la mayoría de sus predecesoras en la misión habían circunscrito sus obligaciones a la Hélade del continente y a otros centros de la civilización; ella pensaba que esto era propio de una mente cerrada en grado sumo. ¿De qué valía, se había preguntado, difundir la palabra de Atenea a aquellos que ya estaban familiarizados con la religión helénica o con su derivada inferior romana?

A pesar de su falta de cultura, los romanos habían conquistado la mayor parte del mundo conocido (excepto Esparta, algo que tenía que repetirles *ad nauseam* a los ignorantes) y las legiones de Roma llegaban hasta remotas fronteras. Lejos del epicentro de la civilización, podía transmitir sus enseñanzas a galos, ilirios, panonios y las muchas otras razas de bárbaros que formaban las provincias imperiales.

Mientras corría, recordó con cariño su primer encuentro con el legado de la quinta legión macedónica. Ella sabía que no era inaudito que las mujeres viajaran con las legiones romanas. Sin embargo, que una mujer trabajara activamente era una cosa totalmente diferente. Al principio, el legado intentaba rechazarla totalmente, como ella había esperado. No obstante, causó una buena impresión con su capa de color escarlata, ganada con el sudor de su frente, y con un casco empenachado de estilo corintio bajo el brazo claramente lo convenció.

Aunque la retórica apenas se practicaba en Esparta, a sus sacerdotisas se las instruía en la oratoria religiosa y Lisandra puso en práctica lo aprendido al exponer su caso al legado. Le contó que no solo podría entender los augurios y ofrecerles guía espiritual a sus soldados, también era diestra en medicina básica.

Fue esto lo que lo convenció. Un buen comandante se preocupa en primer lugar por sus soldados y cualquier ayuda en el hospital de campaña no era algo a lo que renunciar sin más. La verdad era que se había mostrado algo reticente a dar su consentimiento, pero al final accedió.

Su pequeña tienda alojaba a la sexta centuria de la primera cohorte y su reacción a su presencia fue hosca en el mejor de los casos. Para la mayoría de los soldados, una mujer era buena para una sola cosa, aunque por su posición como sacerdotisa de la virginal Atenea estaba protegida de cualquier insinuación amorosa. Podían ser un hatajo lujurioso, pero los soldados eran lo suficientemente supersticiosos como para no arriesgarse a enfadar a los veleidosos dioses.

Había sido una ardua tarea conseguir su apoyo, pero Lisandra, que ya estaba acostumbrada a la brutal vida de la *agogé*⁶ de las sacerdotisas, no había eludido sus obligaciones. Se levantaba al amanecer con los hombres, hacía ejercicios a la vez que ellos y, en ocasiones, incluso echaba una mano para cavar las empalizadas.

Su buena disposición a ensuciarse las manos había sido tratada al principio con irrisión por los bravucones y cínicos legionarios y después se convirtió en tema de diversión. Un soldado de mediana edad, de nombre Marco Pavo,

⁶ N. de la t.: Sistema educativo espartano.

siempre parecía poner especial cuidado en meterse con ella. Recordaba que una vez comentó que sus «pechos eran lo suficientemente pequeños como para hacer que cualquier reclutador creyera que era un chico». Lisandra respondió que lo había visto salir del río Pamir después de darse un chapuzón y estaba segura de que él también era un chico todavía, a juzgar por su «equipamiento». Que ella llevara sus burlas con buen humor y que respondiera con su propio ingenio lacónico hizo que los hombres de la legión la vieran como a una especie de mascota. La aceptación de ellos significaba más de lo que ella quería admitir; se había convertido en una de ellos, un augur y sacerdotisa de confianza e incluso amiga de algunos, entre ellos Pavo.

Entonces, en un viaje rutinario por el Helesponto, estalló una tormenta: la ira de Poseidón había arrastrado a toda la centuria al fondo y decidió salvar solo la vida de ella. Pavo había intentado nadar hacia ella, para salvarla antes de que su propio cansancio pudiera con él. Sus entrecortados gritos de desesperación cuando su armadura tiraba de él hacia abajo todavía la atormentaban en sus sueños. Con este violento lance del destino, el Agitador de la Tierra había despojado de sus amigos, de su libertad y de su dignidad a una sacerdotisa de su odiada hermana Atenea. Al salvarle la vida, él escupió en su ojos; Lisandra habría preferido morir con el resto que tener que llevar una vida de esclava.

Empezó a aflojar el paso al darse cuenta de que estaba casi terminando las vueltas. Su ensueño se había vuelto tan negro como su situación. Lisandra le echó de nuevo una mirada a la estatua de la Atenea romana y se preguntó por qué había sido condenada a este destino cruel. El sereno rostro de mármol no le dio respuesta alguna.